



¿Los tres años del Presidente en La Moneda? “Una confirmación de que el sistema está empantanado y que el recambio generacional ha resultado ser un fiasco”, dice el historiador y académico de la U. de Chile.

Martín Romero E.

**E**n enero de 2022, en una entrevista a este diario cuando faltaban pocas semanas para que el actual Gobierno asumiera, el historiador Alfredo Jocelyn-Holt (Santiago, 1955) decía que prefería ser pesimista ante el nuevo ciclo político que se abría con Gabriel Boric entrando en La Moneda. “Sirve para resistir, ser optimista es un grito a menudo desesperado; la realidad no lo acompaña”.

Dos años y medio después, el estado de ánimo de este historiador, doctorado en Oxford y académico de la Universidad de Chile, es más o menos el mismo. Apunta a que más allá de la contingencia —elecciones, acusaciones, desfondes— el país vive en una especie de crisis permanente, aunque él prefiera el concepto “decadencia”.

“Quizá nuestro principal problema sea que tenemos mucha historia acumulada que persiste, y no se digiere. Las complicaciones no comienzan recién ayer. Sucesivas nuevas fechas del trillado cuando se jodió Chile sólo sirven para majadear que alguna vez fuimos la copia feliz del Edén al son del vamos bien, mañana mejor de la dictadura, seguido de la alegría ya viene que la Concertación consensuó con la derecha, y del todo cambió bacheletista, junto a la no menos soberbia de winners piñeristas durante 16 largos años capicúas”, dice el también columnista de «La Tercera», autor de un libro clave para entender a la nueva generación de izquierda en el poder: «La Escuela Tomada» (Taurus, 2015).

### “Debiera preocuparnos las salidas autoritarias a las crisis”

—A mediados de 2016, Héctor Soto le preguntaba a Ricardo Lagos: “¿Está en problemas la República, Presidente?”. Lagos respondió que lo que se vivía por esos años era “la peor crisis política e institucional” desde el retorno a la democracia. ¿En qué estamos metidos ahora? Lo de aquellos años hoy parece un juego de niños.

—En lo sustancial estamos en más de lo mismo: las instituciones no funcionan. El Estado no provee seguridad ciudadana, la calidad del Gobierno es deplorable, la corrupción política está al orden del día, y la fuga de capitales asciende a la mitad del PIB sin tomar en cuenta lo que no se declara.



Alfredo Jocelyn-Holt:

**“En su conferencia de prensa Boric siguió dando examen de grado, y lo volvieron a rajar”**

FOTOGRAFÍA: MACARENA PÉREZ.

Con una economía además desplomada y liderazgos patéticos como los de la Convención, el agua llega hasta el cuello. Peor que en época de Lagos, por cierto, aun cuando el MOP Gate era también corrupción en La Moneda misma, y requirió de un operativo de salvamento nunca explicado del todo, negociado con la derecha. ¿Cuánto de este socorro significó tolerar el financiamiento no menos corrupto de partidos, destapado después? Por tanto, importa sobremanera fijarse en el proceso siguiente de acumulación, degradación in crescendo a partir de lo que en su origen, y en retrospectiva, puede que semeje algo menor.

—Está claro que pareciera que siempre estamos en crisis, al menos desde 1900 si tomamos en cuenta el discurso de Mac-Iver como has mencionado alguna vez, pero ¿cuándo y por qué empezó la crisis actual, 2011, 2015, 2019?

—Las crisis no son pasajeras, son sistémicas. Apuntan a malestares profundos y parálisis estructurales. “No somos felices”, decía Mac-Iver en 1900. En 1910, se toma conciencia de la pobreza. Luego, suceden golpes de estado en 1924 y 1925. Nos azota la crisis mundial del 29. Surge una inflación imparable a partir de los años 50. Pugnan modelos de sociedad excluyentes, todos revolucionarios, desde 1964, incluyendo la dictadura. Participamos muy poco del extraordinario desarrollo de la postguerra después de 1945. Nos convertimos en laboratorio mundial para ensayar soluciones de izquierdas y derechas. Pasamos a ser un capítulo de la Revolución Cubana con Frei, Allende y la dictadura. De ahí que no sirva sólo diagnosticar crisis. No son meras descompensaciones, no basta con tratamientos remediales, ni tampoco es cosa de que nos conformemos con vivir con una “condición” de por vida. Prefiero hablar de decadencia. Da cuenta de toda una concatenación de crisis sumadas no resueltas; al contrario, producen estados crónicos, agotamientos, oportunidades y generaciones perdidas.

—Hay dos miradas entre los analistas políticos: aquellas que consideran que en Chile están dadas las condiciones para el surgimiento de liderazgos autoritarios, y los que apuntan a que el sistema político aún inhibe su aparición. ¿Cómo lo ves tú?

—Pienso que, más que cambios de liderazgos, debiera preocuparnos las salidas autoritarias a las crisis. En los últimos cien años estas crisis han significado golpes de Estado y dictaduras: de Ibáñez, de la República Socialista, de Alessandri entre 1932 y el 38, y la dictadura militar de 1973-1990 con proyección todavía actual. El autoritarismo, sea de izquierdas o de derechas, se aclimata bien por estos lados. Somos un país pequeño, aislado y pobre, para nada la prioridad mundial en que nos han querido convertir varias veces. Se habla mucho ahora último, y con razón, del populismo, pero éste va a mostrar su potencial desastroso cuando se ofrezca como propuesta autoritaria y salida de crisis. Ahí contará con apoyo popular.

—Te pregunto esto porque hay cierta elite muy preocupada, ¿no crees? Ahí está la Presidenta Bachelet advirtiéndote sobre los peligros de la “ultraderecha” o Eugenio Tironi diciendo que sentía “vergüenza de ser chileno” tras la destitución del juez Sergio Muñoz.

—Pero también hay gente muy preocupada y avergonzada de ser chilena porque insisten en figurar personas como Bachelet y Tironi, exconcertacionistas detrás de un Boric en las cuerdas, y paradójicamente con apoyo de opositores que añoran los sobrevalorados “treinta años”. A lo que voy es que la responsabilidad desde hace rato sigue siendo transversal. Boric y su pandilla millennial en tanto salvadores de un Chile que “cambió” son a lo sumo un síntoma, independientemente de su radicalización y cinismo, acelerantes del deterioro acumulado.

—¿Cómo has visto al Presidente Boric en las últimas semanas, especialmente a raíz del caso Monsalve? Sus últimas apariciones públicas han sido muy criticadas.

—Lo veo igual que siempre. En su conferencia de prensa de 53 minutos siguió dando examen de grado, y lo volvieron a rajar. Es incorregible aunque, como decía, cuenta con avales extrañísimos de quienes debieran saber mejor. De parte del Socialismo Democrático y del Bacheletismo, contra quienes los frenteamplistas no tuvieron clemencia en su momento. Para qué decir del empresariado y medios de derecha que con cada voltereta de Boric creen que ha visto la luz, que les da la razón e impide nuevas movilizaciones, y sienten reivindicados sus consensualismos pasados durante una transición mal llevada que desembocó en el 18-O.

Y añade: “Apoyos no sólo de ahora. Vienen prestándolos desde que Boric fue respaldado por Enrique Barros y Lucas Sierra, es decir el CEP, no sólo por Fernando Atria, en la toma de la Facultad de Derecho de la U. de Chile de 2009, que es cuando el ahora ubicuo personaje se estrena en sociedad. Luego lo suman a ese desacierto institucional de tres años que trajo consigo el 15-N sacrificando nada menos que la Constitución que pese a todo sigue ahí, aunque desahuciada e inservible. No se llega a La Moneda con sólo un 30% incondicional, ñuñoista ascendente, y a partir de un presuntuoso patio de escuela antes. Hemos visto en estos días que los patios de escuela han terminado sirviendo para incendiarse en público cuando estallan las molotov en los baños”.

—Al margen de la contingencia: en «La Segunda» una vez dijiste que “con Boric lo que siempre importa no es él, sino quienes están detrás”, pero ¿qué te han parecido sus casi tres años en La Moneda?

—Una confirmación de que el sistema está empantanado y que el recambio generacional ha resultado ser un fiasco. También una constatación de que al Congreso y la Presidencia no les corresponde volverse un lugar donde se madura como persona. Para ello están las universidades,

profesiones, la cultura, el deporte, el voluntariado social, la vocación religiosa y el servicio militar. Los asuntos públicos en un país con tanto problema deben quedar en manos de gente seria, responsable, no de activistas y ambiciosos que se aprovechan de un mal manejo por políticos agotados. Ojalá se haya aprendido que con gobiernos tan malos como sus opositores el país no podrá llegar a estar nunca mejor de lo pésimo que ya está.

## “La traición en Chile produce admiración”

—En los días posteriores al 18 de octubre de 2019, no pocos decían que el Presidente Piñera estaba erosionando la institución presidencial. Con Boric se ha dicho lo mismo. ¿Crees que la Presidencia se ha degradado?

—Éste es el último subterfugio al que se recurre para salvar una conducción fracasada desde que comenzó. Objeto por razones históricas los presidencialismos, de modo que no espero otra cosa que degradación. Igual, sospecho de quienes se muestran preocupados por la “figura presidencial”. No es descartable que pretendan proteger al presidencialismo deshaciéndose de un Presidente desechado por moros y cristianos. Pasó con Allende, aunque se terminó reforzando la Presidencia convirtiéndola en dictadura. Nada de raro en América Latina donde el presidencialismo sirve para camuflar a caudillos cuando no a tiranos. Además, ¿qué tan insigne es la figura presidencial? En Chile no es más que una jefatura que maneja un desmedido poder burocrático sin grandeza, y todo porque el personaje saca más votos en una elección, los que durante el resto de su mandato se encargará de perderlos.

—Alguna vez escribiste que “en historia es aconsejable fijarse en las continuidades, así se evitan sorpresas”. ¿Cuál sería el paralelo histórico de Boric? Uno piensa en esos presidentes de los 50, González Videla, Ibáñez o el propio Alessandri incluso, que vivían de crisis en crisis.

—El paralelo entre Boric y González Videla lo vengo haciendo desde que fue candidato y me recordara el lema «El pueblo lo llama Gabriel» de su generalísimo de campaña, Neruda; luego revelándose al igual que «Gabito» como chaquetero y frívolo. Las otras opciones, Ibáñez y Jorge Alessandri que mencionas, en cambio, eran figuras con vasta experiencia, políticos fogueados. Comparado con ellos, Boric es a lo más un presumido.

—¿Te crees el giro “socialdemócrata”, por ponerle un nombre, que ha tenido Boric en estos años? Has mostrado tus dudas en principio: en una columna apuntabas que la izquierda se contenta con gobernar para su 30%.

—Boric es demasiado leninista como para que se trate de un Kérenski, de un laborista inglés, un demócrata “New Deal”, un socialdemócrata escandinavo o alemán. Un socialdemócrata en alianza con el Partido Comunista resulta incompre-

sible históricamente, son fuerzas opuestas. A Boric hay que entenderlo en función de una izquierda post derrotas de 1973 y 1989, es decir, a pesar del castrismo, chavismo, peronismo kirchnerista, y el “Podemos” dedicado ahora a regentar bares o responder por acosos sexuales.

—¿Qué te parece el libretto que se ha articulado alrededor del caso Monsalve: Boric fue traicionado? Es como si los presidentes de izquierda siempre fueran traicionados: Allende fue traicionado por el PS y Altamirano, Bachelet fue traicionada por su hijo, la DC y Peñailillo.

—Cuando desde la izquierda alegan traición es porque se trata de purgas internas, y han dado por muerto a quien ha caído en desgracia. Es un expediente muy comunista. Recuerda a Stalin y Castro. No resulta creíble, a no ser que se milite en el partido. Sirve para atribuir fracasos a otros o cobrar cuentas a antiguos “compañeros”. Démosle una vuelta de tuerca a este asunto. ¿Es que a sólo Boric y los concertacionistas tipo MAPU se les permite traicionar hoy? Lo digo porque en Chile, curiosamente, la traición goza de prestigio, prensa y hasta de historiadores que la alaban. Pienso en Lautaro, caballero de Valdivia, que le sopló a su gente que los españoles no eran inmortales y podían hacerse de sus caballos y jinetearlos. También en Alessandri Palma, traidor al parlamentarismo y por supuesto, en Pinochet y militares que no sólo traicionaron a sus superiores civiles, hicieron que el país se traicionara a sí mismo requiriendo sus servicios, y los tuvieron por ángeles custodios por más de 16 años. La traición en Chile produce admiración porque se trata de personas que aumentan su poder.

—¿Cómo ves a la ministra Tohá? Lo suyo aparece como una gestión totalmente agotada políticamente.

—Lo viene siendo desde que dejó de ser alcaldesa de Santiago, también cuando con su marido dirigieron el PS y el PPD casi al mismo tiempo. No impresiona. Basta con atender a lo que se dice de ella: que sirve de blindaje para que los ataques no lleguen al “Señor Presidente”.

—Eres historiador, pero también un observador de la contingencia desde hace años. ¿Qué te parece el caso Monsalve? Pareciera que se pone peor con cada cosa que sabemos.

—En el caso de Monsalve, al igual que el de Hermosilla, se ha querido nublar a propósito más que esclarecer. Por eso cada trascendido más que explicar lo que está en juego, confunde. Esto tiene que ver con que en Chile hay una fascinación morbosa con el poder haciéndolo sentir máximo potente. De ahí la insistencia que son cientos de miles de WhatsApp, como Roberto Carlos y su “millón de amigos”, que no basta con una violación sino que tienen que ser dos, que fueron dos o tres por persona los pisco sour catedral, que se dijo esto y esto otro, y todo lo contrario; cuentos al final más enredados que los del almirante Merino en su época y de cuando Pinochet dejaba de acordarse. Abrumador.



Boric es demasiado leninista como para que se trate de un socialdemócrata escandinavo o alemán. Un socialdemócrata en alianza con el PC resulta incomprensible históricamente”.



El paralelo entre Boric y González Videla lo vengo haciendo desde que fue candidato y me recordara el lema «El pueblo lo llama Gabriel» de su generalísimo de campaña, Neruda, luego revelándose al igual que «Gabito» como chaquetero y frívolo”.